

visita de los dos verdugos y, sin embargo, espera la llegada de los asesinos y se pone el traje negro de ceremonia. Es notable la agudeza de Citati para analizar la narración *Ante la Ley*. Inocencia y culpabilidad juegan un fascinante ajedrez metafísico donde no se sabe si admirar más la lucidez de la interpretación o el latido humano de esa prosa envolvente y fraterna. Sería largo recorrer tantos valiosos capítulos (el de *Milena* y el de *La Madriguera*, *Investigaciones de un perro*, son realmente dignos de la más honda bibliografía sobre Kafka) pero no quiero cerrar estas notas sin señalar la semejanza del final que Citati sugiere entre *El Proceso* y el *Wozzeck* de Büchner. No es que Citati nombre dicha obra ni al dramaturgo alemán (obra que Alban Berg transformó en una de las óperas señeras de nuestro siglo) pero en la página 146 (de Citati) uno puede inferir, a través de los niños que juegan detrás de una reja mientras Josef K. se dirige a sus verdugos, aquella escena maravillosa del hijo de María sobreviviendo juguetonamente al inmenso drama de su madre. Por lo menos, a mí me sucedió.

Este *Kafka* de Citati, como Kafka mismo, no hace más que plantear interrogantes, suprema validez de la auténtica literatura. Los interrogantes son de todo tipo y valor, tormentosos, arduos, enigmáticos, pretenciosos, trascendentes y, como en Kafka, reciben el silencio como respuesta, aunque fascinan por la elocuencia de su temblor. Para Kafka «la respuesta interroga, más bien se abraza como una serpiente alrededor de una pregunta», escribe Citati. Y agrega: «Entre la pregunta y la respuesta nacía un abismo incolmable, encima del cual cruzaba el puente de ninguna voz».

Lean este vertiginoso testimonio del amor. Citati se junta a Canetti y Max Brod con la misma «infinita dilación que expresa lo inalcanzable» dejando en nuestras manos ese testimonio irreductible que conmueve y golpea tanto como un acontecimiento.

**Arnoldo Liberman**

## Don Quijote de la Mar Oceana\*

Vigilia:

Acción de estar despierto o en vela.

Trabajo intelectual, especialmente el que se ejecuta de noche.

Obra producida de este modo.

Cualquier cosa que antecede a otra, y en cierto modo la ocasiona.

Vispera de una festividad de la Iglesia.

Oficio de difuntos que se reza o canta en la iglesia.

Falta de sueño o dificultad de dormirse, ocasionada por una enfermedad o un cuidado.

Cada una de las partes en que se divide la noche para el servicio militar.

Comida con abstinencia de carne.

**D**espués de la publicación, en 1974, de *Yo el Supremo*, el escritor paraguayo había atravesado tiempos difíciles: un percance de salud serio, consecuencia del intenso esfuerzo de «compilación» de la novela emprendida en 1968, y la necesidad de salir hacia un nuevo exilio, ya que la situación interna de la Argentina —su segunda patria desde 1947— no hacía más que agravarse. En 1976 Roa Bastos se radica en Francia, exilio doble para él puesto que pierde el contacto cotidiano con la lengua española, y durante nueve años va a desarrollar actividades múltiples, no siempre fáciles de conciliar: una actividad de profesor universitario, una actividad de reflexión crítica sobre su obra y la escritura en general, y una actividad de ciudadano comprometido en una lucha pacífica y sin tregua contra los regímenes dictatoriales de Latinoamérica, y, particularmente, el del general Alfredo Stroessner en Paraguay.

Durante este período su obra «visible» ha sido esencialmente una obra de reflexión estética y política muy

\* Augusto Roa Bastos, *Vigilia del Almirante: Alfaguara, Madrid 1993*.

importante. Su obra «invisible» ha sido abundante y dolorosamente inacabada: escribió, reescribió, anunció, inacabó sucesivamente *Contravida*, *Los Chamanes*, *La Caspa*, *El Fiscal*. ¿Por qué todas estas novelas, más que esbozadas, no lograron una forma satisfactoria para su autor? Es muy difícil contestar esta pregunta. ¿Cómo definir la misteriosa adecuación entre un deseo y un objeto que permite al escritor poner un punto final a un libro y arrojarlo al mundo? Esto forma parte del diálogo íntimo, quizás incomunicable, entre el sujeto y su escritura, y todo lo que se podría adelantar para tratar de explicarlo sería insuficiente, tan sólo anecdótico. Curiosamente, *El Fiscal*, una de esas novelas largamente inacabadas, que ha germinado durante más de diez años en el limbo de la escritura, acaba de recibir el impulso definitivo y salió a la luz en octubre del 93. En este caso está claro que ha sido decisiva la actual situación política de Paraguay, consecutiva al resultado de las elecciones de mayo, que supone una continuidad con relación al régimen de Stroessner y el fracaso de la esperanza de un real cambio democrático suscitada por la transición del 89 al 93.

Históricamente, este período doloroso, que podríamos llamar del exilio interiorizado, desemboca en el golpe de Estado del general Andrés Rodríguez, en febrero de 1989, que termina con la dictadura más larga de Latinoamérica. En noviembre, el Premio Cervantes corona la obra de Augusto Roa Bastos. Tras cuarenta y dos años de exilio y siete años de privación de sus derechos de ciudadano, el escritor paraguayo recobra su tierra, sus señas de identidad, sus raíces lingüísticas y culturales. Ese retorno emocionante y triunfal a la patria, los contactos repetidos con las nuevas generaciones, los proyectos para fomentar la educación y la cultura de los más humildes, la esperanza de que algo pueda por fin cambiar en su país dan al escritor un renovado impulso creador que va a concretarse en la publicación, en octubre de 1992, de *Vigilia del Almirante*<sup>1</sup>. Esta novela representa pues un hito muy significativo en la historia de la obra roabastiana: clausura un ciclo e inicia otro nuevo. El análisis que sigue quisiera justificar esto, aunque sólo sea de manera esquemática y esencialmente intuitiva, esperando los estudios más detenidos y profundos que requiere una obra de una riqueza y una complejidad que no se perciben quizás a primera lectura.

¿Por qué escribir una novela en torno a la figura de Cristóbal Colón en 1992? Los motivos parecen obvios, incluso demasiado obvios: Roa Bastos no nos ha acostumbrado a escribir obras de circunstancia, y mucho menos en sus dieciocho años de silencio novelístico. Tenía que ser una «circunstancia» singularmente significativa para él, y que mucho tuviera que ver con su «circunstancia» personal. La celebración del Quinto Centenario del «encuentro de dos mundos», según el eufemismo consabido que pretendía no ofender ninguna sensibilidad, ha sido, efectivamente, una «circunstancia» que no podía dejar indiferente a ningún latinoamericano, y menos a un intelectual paraguayo exiliado y tan comprometido con la historia del Nuevo Mundo. Pero había más. Sabido es que la Historia es precavida y la memoria del hombre, profética: por eso Roa Bastos se había llevado, en la única maleta que le acompañó hacia Buenos Aires en 1947, un esbozo de novela en torno a la figura de Cristóbal Colón. Esos papeles, que habían dormido más de cuarenta años un sueño germinativo, constituyen el núcleo generador de la novela. Forman parte también de esa obra «invisible» de la que hablaba más arriba. Esta conjunción de una circunstancia histórica y una circunstancia personal ha hecho posible la gestación de la novela. El escritor lo ha explicado en la nota preliminar y en la nota final, así como en la conferencia que pronunció, el 14 de octubre de 1992 en la Universidad Complutense de Madrid, en la presentación pública de *Vigilia del Almirante*:

Nacida de un proyecto, arrumbado durante más de cuarenta años de exilio, retomé los viejos apuntes y escribí en menos de tres meses esta historia fingida del almirante. He creído con ello contribuir en mi condición y dentro de mis limitaciones de escritor de ficciones a la formación de una conciencia crítica del descubrimiento; conciencia crítica anticolonialista, que tuvo en España y en las Indias sus eminentes precursores (Vitoria, Vives, Las Casas y muchos otros humanistas de formación erasmiana), desde el momento mismo en que el descubrimiento de América abrió el camino a la conquista y a la colonia, a la inevitable hecatombe de pueblos que los imperios producen, como fue el caso, en la misma América precolombina, de los aztecas, incas y mayas, para

<sup>1</sup> Augusto Roa Bastos, *Vigilia del Almirante*, Madrid, Alfaguara Hispánica, 1992, 378 páginas. Paralelamente, la novela fue publicada en Asunción, RP ediciones, y en Buenos Aires, Sudamericana. Las citas remitirán a la edición española.

no citar sino los mayores núcleos imperiales autóctonos que habían sojuzgado a pueblos más débiles<sup>2</sup>.

Se trata, pues, de una obra totalmente comprometida con su circunstancia histórica, y, a la vez, de una obra hondamente arraigada en el mundo ficcional de Roa Bastos. El personaje en torno al que se urde la novela tiene características muy afines a las de otros personajes suyos: figura histórica y mítica, de dudosa biografía, visionario alucinado, empecinadamente ciego a todo lo que no se parecía a lo que él buscaba, héroe de una aventura cuyas consecuencias no podía prever, pero cuya desmesura quizá presintió.

## Historia y ficción

Como en el caso de *Yo el Supremo*, no se trataba de escribir una novela histórica, sino una ficción en torno a un personaje preconstruido por una tradición historiográfica y literaria, mucho más larga y abundante para Colón que para José Gaspar Rodríguez de Francia. Para empezar había que *deconstruir* esa tradición para construir otra figura, otra historia, con otros esquemas, otra perspectiva ideológica, otro concepto del tiempo y del espacio. Así, las fuentes historiográficas —desde el *Diario* de Colón hasta los estudios más recientes de los historiadores— han sido utilizadas con total libertad: la ficción no se somete a los documentos sino que los considera materia narrativa, los dispone y los modifica a su antojo, según sus propias leyes. Citas inexactas, anacronismos deliberados, reescritura, interpretaciones tendenciosas o burlescas, abundan todos los procedimientos que indican un distanciamiento con relación a la historiografía o a la novela histórica. Se concede el mismo estatuto a las leyendas y relatos fabulosos que a los hechos documentados, se mezclan los tiempos y los espacios en una visión calidoscópica de singular complejidad.

Se trata, evidentemente, de una visión ahistórica, incluso antihistórica, o, si se prefiere, mítica de la gesta colombina. El punto de vista de la novela es el de un narrador contemporáneo de Colón, pero también de Roa Bastos, o, digamos de un Cristóbal Colón que hubiera vivido, como los patriarcas bíblicos, quinientos cuarenta y un años. Las motivaciones ideológicas de tal ubicui-

dad temporal saltan a la vista: permite dar una visión a la vez crítica y poética que pone en tela de juicio, y muchas veces denuncia despiadadamente, la visión de los «vencedores», conquistadores y colonizadores, y la de los «herederos», criollos oligarcas continuadores de la política ávida y expoliadora después de la Independencia. De la misma manera pone de manifiesto «el fardo más aberrante aún del neocolonialismo actual, cuyo rodillo compresor sabemos cómo funciona y sobre qué ejes hegemónicos en el nuevo desorden mundial»<sup>3</sup>.

En la misma perspectiva ideológica se han de interpretar también algunos anacronismos solapados (tan solapados que algunos críticos los han tomado por errores cronológicos), cuyo valor simbólico arroja sobre los acontecimientos una insospechada luz. Así por ejemplo, el Almirante —el nombre de Cristóbal Colón no aparece nunca, sólo se evocan sus significantes latinos— declara que salió de Palos de Moguer el día mismo en que los judíos fueron expulsados de España, cuando los historiadores nos aseguran que la expulsión tuvo lugar unos meses antes. Asimismo dice: «Con la *Gramática* del P. Librixa, llevo también entre mis portulanos *El Manual del perfecto Inquisidor*, de Pedro Páramo», cuando sabemos que Antonio de Nebrija no era Padre, que su famosa *Gramática* no había salido todavía de la imprenta cuando partieron las tres carabelas, y que Pedro Páramo es más bien un personaje de Juan Rulfo. Sin embargo hay que reconocer que es muy significativo poner de relieve, de esa manera tan poco católica, la afinidad ideológica entre los tres grandes acontecimientos de 1492, la Inquisición y el simbólico cacique rulfiano. A veces hay que dar tiempo al tiempo.

## Don Quijote de la Mar Oceana

El mismo procedimiento de desplazamiento y condensación —tan parecido al principio de funcionamiento del sueño según Sigmund Freud— se nota en la estructura interna del personaje del Almirante: éste no es sólo el

<sup>2</sup> «La obsesión de narrar», Última hora, Lunes 26 de octubre 1992, pág. 46. Texto completo del discurso pronunciado por Augusto Roa Bastos en España con motivo de la presentación de su última novela: Vigilia del Almirante.

<sup>3</sup> *Ibidem*.